

La escuela de aeromodelismo getafense realiza cursillos para chavales

VOLANDO EN FIN DE SEMANA

● *Los niños pueden empezar por planeadores y aviones pequeños de vuelo circular.*

● *Cada vez son más los aficionados que se apuntan en actividades que apoya puntualmente el Ayuntamiento.*

EN Getafe todo el mundo sabe que hay una fábrica muy importante de aviones. Lo que no sabe tanta gente es que también se construyen en Getafe aviones pequeños. No hay una fábrica con letras grandes que lo indiquen, los aviones pequeños los hacen en sus casas adultos y niños miembros del Grupo de Aeromodelismo Juan de la Cierva. El día 15 de noviembre hicieron una exhibición en la que participaron varios niños del club, el más pequeño de siete años. Los aviones, fabricados por los mismos niños, estaban pintados de colores vivos y eran tratados con todo cuidado por sus dueños. Como existe el tópico de que el aeromodelismo es una afición cara, preguntamos a uno de los miembros del club cuánto cuesta un avión.

—El aeromodelismo tiene muchas facetas. Un cohete no cuesta más de quinientas pesetas, los aviones de vuelo circular no pasan de las cinco mil, un planeador supone de mil a mil quinientas. Lo más caro es el radiocontrol, que puede ponerse en cincuenta mil pesetas.

Los aficionados al aeromodelismo construyen sus propios aviones. Uno de los participantes, Francisco Campano, de dieciséis años, nos dice que no supone mucho trabajo, pero hay que tener interés. Luis San José, que ese día no voló, nos cuenta que ya ha tenido varios aviones construido por él mismo. Luis tiene doce años.

Según opina Paco, uno de los adultos organizadores del club, los niños pueden empezar por planeadores y aviones pequeños de vuelo circular. Nos dice que cada vez hay más aficionados.

—Empezamos tres hace un año y ahora somos unos cuarenta. Queremos promocionarlo en plan participativo y de exhibiciones, no de competiciones.

Sin duda, uno de los aspectos más interesantes de sus actividades es el curso de aeromodelismo que están haciendo en colegios de EGB.

—En principio estamos en el colegio Pablo Picasso. Son ocho grupos de unos cuarenta niños. Las clases han tenido una par-



te teórica, de iniciación al aeromodelismo, y otra práctica, en la que los niños hicieron aviones de cartulina. Una clase ha construido un avión de verdad y van a volarlo ante sus compañeros. Hemos contado con el apoyo del Ayuntamiento y queremos repetir la experiencia en otros dos colegios. Tenemos un proyecto muy avanzado de una escuela de aeromodelismo para niños.

Nos dice que los miembros del club vuelan todos los sábados y domingos.

—Estamos abiertos a todo el mundo. Si alguien quiere venir o ponerse en contacto

con nosotros, puede hacerlo dirigiéndose a Paco Romero, Cáceres, número veinte, o en la tienda de deportes J. Cano, de la avenida de España, número cincuenta y siete.

Ahí quedan dos direcciones. Hay muchas horas de trabajo en la construcción de un pequeño avión, de aprendizaje y ensayo de las técnicas de vuelo. Luego será la ilusión de verlo despegar, volar, hacer cabriolas y aterrizar tan suavemente como los de verdad. Para los niños, tan capaces de poner entusiasmo en las cosas, llega a ser apasionante.



Poco tiempo para jugar, algo más para estudiar... y luego al teatro

Carmen y Gema, las dos Annie españolas

● "No nos asusta nada el escenario y, al contrario, cada vez lo pasamos mejor".

CUANDO el musical "Annie" se estrenó en Madrid, toda la prensa habló de la niña que hacía el papel principal, que da título a la obra. Se llama Carmen Pascual y CISNEROS ha querido entrevistarla, pero nos hemos encontrado con que hay dos Annie. Una, Carmen Pascual, lo es todos los días, y otra, Gema Marina, lo es los martes, cuando Carmen descansa. Así que hemos decidido hacer la entrevista a dúo. A la pregunta de cuántas veces han actuado en un teatro, nos responde primero Carmen.

—Esta es la primera vez. Me llamaron los padres de la chica que iba a ser Annie para que yo fuera uno de los coros. Estábamos con la cosa de que iba a ser suplente; entonces la otra chica creció, ya no iba a tener el papel de "Annie" y Juanjo dijo que podía hacerlo yo.

—A mí también me llamaron los padres de esa niña para hacerme las pruebas. Me eligieron primero para un papel de los coros y luego de segunda Annie.

—¿Hiciste teatro antes?

—Sí, en "Evita".

Les preguntamos si alguien de su familia está relacionada con el teatro; ahora es Gema quien toma la iniciativa para responder.

—Sí, mi madre está haciendo "Evita" y mi padre está aquí, en "Annie", de batería.

Gema agrega que no le asusta nada verse en el escenario y Carmen nos dice que le gusta mucho hacer el papel de "Annie". Les preguntamos cómo pueden compaginar el teatro y el colegio. Carmen tiene once años y hace sexto de EGB.

—Por la mañana voy al colegio, cuando no estoy cansada, y por la tarde tengo un profesor particular.

—¿Te resulta difícil?

—Bueno, con el teatro sí. Si no fuese por el teatro, también me resultaría un poco difícil, pero se me daría mejor.

Gema hace un gesto como diciendo que a ella regular.

—Yo hago cuarto y voy al colegio los lunes y los jueves por la mañana, los demás días, por la tarde.

Cuando todos los niños salen del colegio y van a su casa para jugar y descansar, Carmen y Gema van al teatro. Carmen nos dice que no tiene mucho tiempo para jugar, pero que le gusta el teatro. Gema ha encontrado la solución al problema del tiempo.

—Yo, las horas que juego, es con las niñas de aquí, con las del teatro.

—¿Qué opinan vuestros compañeros de colegio de que hagáis teatro?

—Algunos no se lo creen, pero dicen que qué suerte y todo eso.

—Que les gustaría hacerlo a ellos —nos dice Carmen.





Atletismo y baloncesto, deportes "de moda" en Madrid

Los campeonísimos de los escolares

EN los últimos Juegos Escolares, los campeones de atletismo y baloncesto fueron dos colegios de Madrid: Tajamar y San Viator, respectivamente. Hemos charlado con miembros de ambos equipos y con sus entrenadores para que nos cuenten cómo se prepara un atleta y cómo se logra ser campeón.

Lázaro Linares lleva entrenando en Tajamar desde que existe el colegio, hace veinticinco años. Llevan veintidós compitiendo deportivamente, y nos dice que, de los Juegos Escolares, Tajamar ha participado en todos.

Los campeones del año pasado tenían, cuando ganaron, entre quince y dieciséis años. Angel, que hace pértiga y saltos, comenzó por seguir un poco la tradición familiar. Nos dice que tiene 3,90 en pértiga, de momento, y que entrena unas siete horas semanales, fuera del horario escolar. Más o menos el mismo tiempo que Javier, que afirma ser velocista porque tenía aptitudes.

—Se me daba bien, tengo en 100 un 11,13 y en 200 un 22,6. Isidro, además de las aptitudes, afirma que es necesaria la constancia.

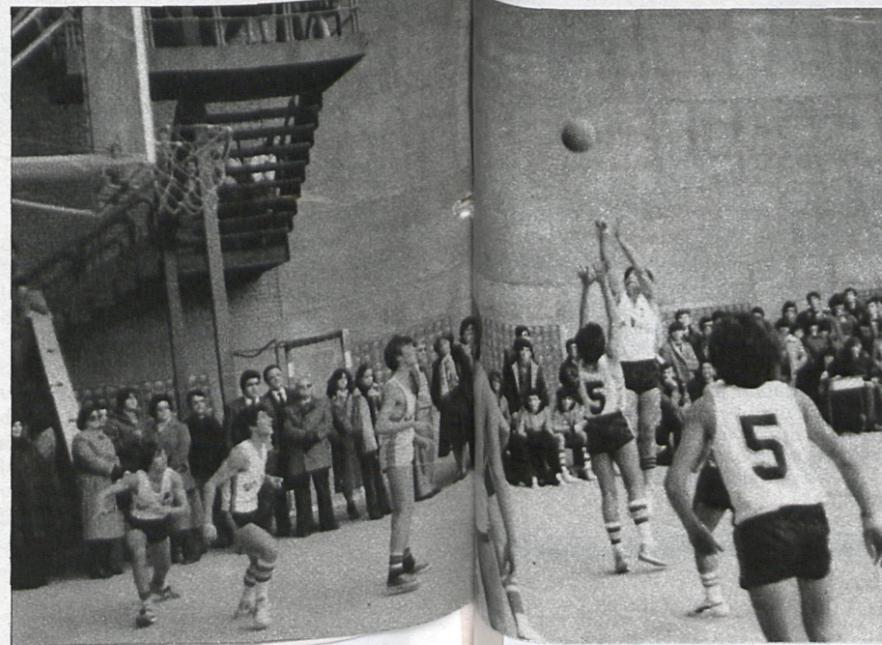
El deporte escolar, abandonado por falta de instalaciones y personas que dirijan a los chavales.

—Hay que estar entrenando a diario durante mucho tiempo. Yo llevo cuatro años haciendo fondo. Tengo 2.2 en 800 y 9.14 en 3.000.

Lázaro Linares nos dice que Tajamar tiene una escuela extraordinaria de lanzadores de martillo, con 16 o 18 practicantes. Han logrado en los Juegos Escolares los tres primeros pue-

tos, al igual que en los Campeonatos federados. José Manuel practica este deporte.

—Yo entré en martillo de forma fortuita, porque no era muy habilidoso en



otras cosas. Al principio resulta un poco rolo, pero luego me fue gustando. Mi marca es 45.68.

En el colegio San Viator, el deporte rey ha sido siempre el baloncesto. En Juegos Escolares han quedado bien clasificados con frecuencia, y el año pasado fueron campeones. A pesar de que, según nos dice el responsable de deportes del colegio, José Domaica, no lo tomaron muy en serio.

—Nosotros la importancia se la damos a la competición federada. Los Juegos Escolares es un poco en plan de diversión. Hemos hecho una competición de segunda para nuestras aspiraciones.

Juan Carlos, miembro del equipo ganador, nos dice:

—Los Juegos Escolares están mal organizados. Se notaba que en muchos colegios sólo se habían juntado para ir allí. Algunos iban solos, sin entrenador, y eran flojos.

—Se ve que el deporte escolar está abandonado, que no hay instalaciones ni personas que dirijan a los chavales, que van con mucha ilusión, pero nada más. De otra forma, podrían salir buenos jugadores —son palabras de Eduardo Sanz, entrenador.

—Para que los chicos que quieran puedan seguir jugando —nos dice José Domaica—, nos hemos unido con la Caja de Ahorros de Madrid. Dentro de ella hay un equipo de Primera B nacional y otro de Tercera División. Aquí tenemos hasta junior, que es más o menos la edad escolar, aunque cogemos también un año de Universidad; los que tengan cualidades y quieran seguir, ya pueden hacerlo.

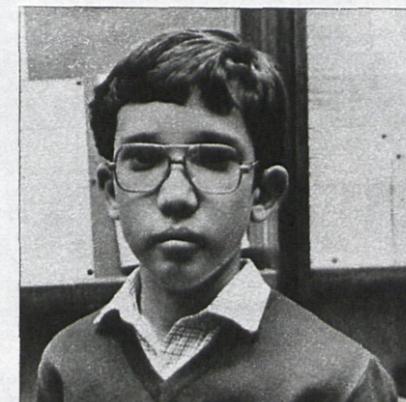
Eduardo Sanz opina que es muy importante empezar la educación física desde que entran en el colegio y que conozcan varios deportes para luego poder elegir.

Miguel Borrego y Angel Rincón, pequeños ciudadanos con la partitura debajo del brazo

Matrícula de honor en música

Diez años y aspecto de niño tímido. El estuche del violín casi es tan grande como él. Se sienta y, muy serio y formal, contesta a las preguntas con síes, noes y, en general, con muy pocas palabras. Miguel ha nacido en una familia dedicada a la música, sus padres son profesores del Conservatorio y sus hermanos estudian violonchelo, viola y piano. Miguel estudia violín y piano.

—Quiero ser compositor.



Es una afirmación rotunda. Su madre nos ha contado que ya compone, a nivel familiar, para su instrumento y para los que tocan sus hermanos. El regalo de cumpleaños para su padre será una instrumentación del "Cumpleaños feliz", que Miguel ha preparado para que toquen todos dirigidos por él, que se toma muy en serio hasta los ensayos.

Miguel hace quinto de EGB y viene a clase de violín con Vladimiro Martín, después del colegio.

—Es fácil. Me gusta.

También le gusta dibujar y lo hace muy bien.

—Hace cuatro años que estudio violín. Y hago quinto de solfeo.

Después nos dijo que se le había olvidado contar que había actuado en muchos sitios, pero no se acordaba cuáles. Algunos, además del propio Conservatorio, han sido el Real Coliseo de El Escorial, el Centro Asturiano, el Club de Arte, en San Blas...

Miguel, que tiene una matrícula de honor en violín, tiene prisa por ir

a clase. Es posible que le concedan una beca para Inglaterra. A la edad en que otros niños todavía quieren ser futbolistas, o astronautas, o bomberos, Miguel tiene muy claro su futuro; quiere ser compositor.

OTRO MOZART EN MADRID

La familia de Angel Rincón no tiene nada que ver con el mundo musical. Su madre le llevó a aprender acordeón cuando tenía cuatro años. A los seis años ya había hecho primero y segundo de solfeo. Ahora, con catorce años, ya terminó en la Escuela de Acordeón y hace profesorado en el Conservatorio.

Su historial en el Conservatorio es sorprendente: ha hecho siete cursos de piano, dos de Historia Estética de la Música, cinco de solfeo, dos de coral, tres de armonía, dos de acompañamiento, uno de conjunto instrumental, uno de formas musicales... Cuando termine cuarto de armonía hará contrapunto y fuga, después comenzará composición y dirección de orquesta.

—Estoy estudiando lo necesario para ser director de orquesta. Para mí la música es mi profesión, lo que yo quiero ser.

Hace años que viene desde Getafe, al terminar el colegio, para las clases del Conservatorio.

—No me canso. No me importa venir, porque me gusta.

Le preguntamos si le queda tiempo para jugar o ver a sus amigos.

—No tengo mucho tiempo. Alguna vez salgo el domingo al cine, pero poco.

Nos dice que no tiene muchas horas para estudiar, porque regresa a casa muy tarde por la noche; sin embargo, va muy bien en todas las asignaturas de segundo de BUP, menos en gimnasia, que se le da fatal. Afirma que no echa de menos el jugar como otros niños, porque con la música también se divierte. Angel obtuvo una medalla de oro en Chambery, Francia, hace dos años en acordeón. También ha actuado en pública numerosas veces. En el Conservatorio todo el mundo le conoce, es una de sus grandes promesas.

Pepa y Pepo

(Los niños en la ciudad)

LOS niños llegaron a la ciudad.

Los niños eran de un pueblo lejano a la ciudad.

Los niños hablaban con un acento gracioso, parecían andaluces, pero no eran andaluces.

Los niños se llamaban Pepa y Pepo.

* * *

Pepa y Pepo se quedaron bizzos y boquiabiertos al entrar en su nueva casa.

—¡Ay, madre, qué casa más bonita! —dijo Pepa.

—¡Ay, madre, qué casa más bonita! —dijo Pepo.

—Aquí dormirás tú, Pepo. Y en esta otra alcobita, tú, Pepa. Tu padre y yo, en este cuarto grande.

Los niños correteaban por el piso.

—¡Cuánta luz! ¡Qué limpito! ¡Y hay agua. ¡Madre! ¡Hay agua! ¡Mira, Pepa, una ducha! ¡Ven!

Abrieron el grifo y el gran chorro de agua les acarició vestidos y calzados con gran escándalo y alegría.

* * *

Pepa y Pepo se asomaron a la terraza.

—Mira, no hay montes.

—Ni saltamontes.

—No hay árboles.

—Ni nidos.

—Por este otro lado, mira cuántos autobuses.

—¡Huy, sí! Cuánto humo echan.

—¡Ay, Pepo, no hay hierba!

—Y "pa" qué la queremos, si dejamos la vaca en el pueblo.

—Esto parece un "descampao", pero cuánta gente. ¡Qué polvareda!

—Si en el campo se viviera bien, nadie vendría a la ciudad.

—¡Que barbaridad! ¡Qué altura, criatura!

—¡Claro!, es el piso siete. En esta casa vive más gente que en nuestro pueblo.

—En vez de portero habrá alcalde.

—No sé.

* * *

Los primeros días en el colegio son para contarlos.

El colegio era grande. Las clases, grandes. La biblioteca, grande. La piscina, grande. Los campos de deportes, grandes.

Sólo los árboles eran pequeños, como los niños de su clase.

A Pepa y Pepo los pusieron en un aula con niños de seis y siete años, aunque ellos tenían diez y once, pero estaban (según la maestra) muy retrasados.

* * *

En el recreo, se les acercó una niña con un balón.

—¿Queréis jugar al baloncesto?

—No sabemos, somos de pueblo.

Pepo dio un pisotón a Pepa y añadió:

—Esta no sabe jugar, yo sí, pero no tenemos ganas... ¿Cómo te llamas?

—Maripí. ¿Y tú?

—Pepo, y ésta, Pepa.

—¿Por qué estás en mi clase si eres muy mayor?

—No soy muy mayor, es que estoy muy

alto. Debe ser que como en el pueblo sólo he ido al colegio un año o así, además yo iba a la hora que podía, antes eran las cabras y ayudar a padre en el campo, y Pepa igual, ayudar a madre en la casa y traer agua y eso...

—¿Y cómo era tu colegio?

—¡Uff! Aquello era, nada... No había suelo en el suelo; las paredes, de piedras "arrajuntás" llenas de murgaños y ratoncitos. Solo había un mapa.

—Antes que colegio había sido una cuadra y la maestra decía que aún teníamos algo de burros, ¡la tía!

—¿Y había calefacción?

—¡Uff, calefacción! Allí te asabas en el verano y te helabas en el invierno, bueno, en el invierno íbamos poco por la nieve.

—Y porque la señora maestra era mayor y se ponía mala.

—Mañana va a llover —dijo Pepo, mirando al cielo.

Sonó el timbre anunciando el final del recreo.

—¡Hasta mañana!

* * *

Maripí se fue muy contenta a su casa. Pepa y Pepo le parecieron niños mágicos, como personajes de cuento, Pepo tan pequeño y había sido pastor y labrador como San Isidro, sabía mucho de campo y adivinaba cuándo iba a llover y todo. Y Pepa, tan poca cosa, había trabajado en el establo, entendía de vacas, sabía ordeñar y hacer quesitos y un día vio nacer a un ternero.

* * *

Al día siguiente, después del cole, Pepa y Pepo fueron a casa de Maripí. Maripí les invitó al cuarto de jugar.

—¡Ay, madre! Parece un bazar. Tienes de todo, chica. Bici, patines, mesa de ping-pong, cuentos. ¡Cuántos cuentos! Juegos, muñecos...

—Y mira, Pepa, mira esta muñeca, le quitas el chupete y llora, y además hace "pipí".

—Esa no me gusta, me hace recordar a mi primita Eustaquia, que tiene la misma edad y mea de verdad y casi siempre está sola.

—¡Bueno! Pues podemos jugar a los títeres. Tú haces la voz de la abuela, yo la de Caperucita y Pepo la voz del lobo. Venga, poneros los curritos entre los dedos. No, así no, así.

—¡Ay, madre!

* * *

Otro día, al llegar al cole, Pepa y Pepo vieron que estaba cerrado, por no sé qué de la huelga de no sé qué.

Y Pepo dijo a Pepa:

—¡Vamos a ver la ciudad!

—¿Hay árboles?

—Sí, en el centro de la ciudad, sí. Hay un jardín muy grande que se llama el Retiro, me lo han dicho unos chicos. Se coge un tren que va debajo del suelo y se llega.

* * *

Andando, andando, llegaron a la estación que se llamaba Metro.

—Esto debe ser. ¡Vamos, anda!

—¡Huy, qué miedo! —dijo Pepa, pero bajaba las escaleras de dos en dos.

—Dos billetes para el Retiro.

—¡Ay, madre! Este Retiro no llega nunca...

Y así era. Tras un ruido infernal, túneles y más túneles, gente y más gente que entraba y salía atolondrada, apelotonada, que apenas les dejaba ver los letreros y el de Retiro no llegaba nunca.

—Pepo, me mareo.

—Pepa, no seas pelma.

—Pero, ¿dónde está el Retiro?

—"Retirao", Pepa, muy "retirao".

A Pepa, por primera vez en su vida, le dolía la cabeza.

Pepo, por primera vez en su vida, tenía ojeras.

Cuando ya llevaban casi una hora, Pepo, venciendo su timidez, preguntó a una señora viejecita.

—Oiga, ¿para el Retiro?

—¡Huy, hijo!, vas mal. Tienes que volver a coger este vagón al final del trayecto, retroceder doce estaciones y hacer transbordo en Sol.

Pepa y Pepo intentaron hacer lo indicado, pero cada vez estaban más despistados, más cansados y con más ganas de llorar.

—Pepo, debe ser de noche.

—Sí, quizá sí, pero aquí dentro nunca se sabe.

—Pepo, vamos a salir de aquí en la primera estación, sea la que sea, no puedo más, me mareo toda, Pepo.

—Es de hambre, Pepa.

* * *

Salieron del vagón y se fueron dando tumbos hacia un banco que había enfrente y allí se quedaron dormidos.

* * *

Dormidos hasta que... unos golpecitos en los hombros y un "¿qué hacéis aquí?".

—Nada.

—Ya sé que no hacéis nada —dijo el policía—, pero se va a cerrar el Metro, son las dos de la madrugada.

—¡Ay, madre! —Pepa se echó a llorar.

—¡Calla, pelma!

—Venga. Vamos a la Comisaría.

* * *

En la Comisaría les dieron agua y les preguntaron:

—¿De dónde sois?

—De Espinarejo —contestaron a coro.

* * *

A las pocas horas, Pepa y Pepo estaban sentados en el autobús de línea Madrid-Espinarejo.

A las pocas horas, los abuelos de Pepa y Pepo saltaban de alegría —dentro de sus posibilidades—. Y abrazando a sus nietos, eran los abuelos más felices del mundo.

Mientras que Pepa y Pepo eran los niños más tristes del pueblo (claro que en el pueblo no quedaban niños).

Pepa y Pepo, pensando en Maripí, en el cole, en la ducha y en sus padres, lloraban.

Mientras los abuelos reían.

—Ya te dije que volverían, Josefa. ¡Que volverían!

Por GLORIA FUERTES



El cajón de la mente de un niño

Cuento original de JUAN TEBAR
(con la colaboración de James Matthew Barrie)

